

Escollos de la recuperación



S

Según datos del Fondo Monetario Internacional, dados a conocer el pasado 10 de octubre, la economía venezolana volverá a decrecer en 2017 por cuarto año consecutivo (esta vez un 12 %), y padecerá una inflación de 652,7 %. Otros analistas prevén una inflación superior al 1.000 %. Una vez más seremos el país del mundo con mayor decrecimiento del producto y más alto incremento de los precios.

¿Estamos condenados a seguir rodando indefinidamente por ese despeñadero? ¿Es posible una recuperación económica en un futuro cercano?

CONDICIONES BÁSICAS

Alemania perdió en menos de medio siglo dos guerras mundiales, y hoy es la primera potencia económica de Europa. Japón fue golpeado por dos bombas atómicas y hoy es el país asiático con mayor ingreso por habitante. ¿Por qué entonces Venezuela no va a poder ser, como en el pasado, una de las economías más florecientes de América Latina?

La recuperación de Alemania y Japón no fue instantánea. Antes se pasó por un largo período de carencias y sufrimiento. Su regreso a la cumbre supuso unos líderes clarividentes y emprendedores, una población dispuesta a sacrificarse por su país y a colaborar en su reconstrucción, y una significativa ayuda financiera del exterior.

El primer paso de la recuperación venezolana implicará un cambio de política económica. Dado que el Gobierno actual se ha negado repetidamente a cambiar su rumbo, una nueva política económica exigirá previamente un cambio de gobierno.

Suponiendo entonces que el Gobierno actual convoque elecciones, las pierda y reconozca el resultado —opciones todas ellas nada evidentes— se necesitarán unos líderes que trabajen desinteresadamente por el país y un pueblo que no espere soluciones inmediatas a sus problemas más urgentes.

“

Los problemas económicos fundamentales de Venezuela son la escasez y el desmoronamiento interno (inflación) y exterior (devaluación) de su moneda. No basta con cambiar de gobierno y enderezar la política antieconómica que hemos sufrido estos últimos años. Necesitamos también crear en el país ventajas comparativas diferentes al petróleo

Eduardo J. Ortiz F.

Doctor en Economía.



PANCORAMA

Además, dado que si el Gobierno actual admite retirarse va a terminar de saquear los fondos públicos antes de entregar el poder, Venezuela tendrá que pedir ayuda financiera a organismos internacionales para comenzar la reconstrucción.

FRENAR LA ESCASEZ

Los problemas económicos fundamentales de Venezuela son la escasez y el desmoronamiento interno (inflación) y exterior (devaluación) de su moneda.

La escasez más agobiante es la de alimentos y medicinas. Una parte se podrá paliar con producción interna, y el resto a través de un manejo bien administrado de las importaciones.

Respecto a los alimentos, hace unos meses los dirigentes de Fedegro declararon que, si se les proveía de tractores y otros implementos productivos, podrían recuperar la producción agrícola en año y medio. Algo semejante afirmaba Fedenaga respecto a la producción ganadera.

Ya esas predicciones anuncian que, por lo que a ellos respecta, la escasez se puede prolongar por largo tiempo, pero además pecan de optimismo. Los hacendados que fueron expropiados ¿van a aceptar la devolución de sus predios convertidos hoy en eriales? ¿o van a regresar a unas zonas que la inseguridad imperante ha convertido en terreno abierto para cuatreros y secuestradores?

Como el país no puede esperar tanto tiempo, habrá que acudir a las importaciones mientras la producción nacional se recupera.

En el área industrial, como los capitales nacionales y la capacidad tecnológica son insuficientes para financiar y sostener la recuperación, se necesitará volver a ganar la confianza de los inversionistas extranjeros para producir la mayor parte de los bienes que consumimos, y la casi totalidad de la maquinaria necesaria en la producción.

Atraer de nuevo la inversión extranjera llevará tiempo. Además rondará el espectro de la alternabilidad democrática. ¿Se van a aventurar los inversionistas a entrar en el país, ante la po-

sibilidad de que en futuras elecciones gane la oposición que hoy es Gobierno, y vuelva a arrebatarles lo que acaban de reconstruir?

Aún están pendientes en el Centro Internacional de Arreglo de Diferencias Relativas a Inversiones (Ciadi) varias reclamaciones de empresas extranjeras expropiadas sin compensación por el Gobierno venezolano. ¿Aceptarán estas empresas retirar sus reclamaciones o negociar nuevos arreglos?

Sobra decir que los precios de mercado deberán ser suficientes para cubrir los costos de producción, y obtener un margen de beneficio al menos igual al rendimiento que alcanzaría el dinero invertido en otras colocaciones alternativas, como la compra de bonos y acciones en bolsas internacionales, o la inversión en otro país.

FORTALECIMIENTO DE LA MONEDA

Todavía no se ha extendido plenamente el nuevo cono monetario, y ya se ha hecho viejo. Se nos ha anunciado un nuevo billete de Bs. 100.000 al que pronto seguirán otros de más alta denominación, con cada vez menos valor real.

La inflación, una vez que se afianza, no es fácil de erradicar. Se necesitan políticas contrarrestantes que sean coherentes y resulten creíbles.

Los analistas atribuyen la inflación a cuatro causas interrelacionadas: la escasa oferta de bienes frente a una demanda creciente, la indisciplina fiscal que ha incrementado aceleradamente el gasto público, la incontinenencia monetaria que ha puesto en circulación dinero sin respaldo, la devaluación que encarece cada vez más las importaciones.

Ya hemos mencionado más arriba la necesidad de incrementar a corto plazo la oferta de bienes y servicios.

El control de una parte del gasto público, dedicado a propaganda y a llenar los bolsillos de los pseudo-revolucionarios, no debería ser difícil si el nuevo gobierno se manejara dentro de niveles elementales de honestidad. Aunque no hay que darlo por descontado. Siempre hay en



Hablo del dólar porque por muchos años va a ser nuestra moneda internacional de referencia. Podemos convertirlos a rublos o yuanes en los libros de contabilidad interna, pero el precio de nuestro principal producto de exportación, que sigue siendo el petróleo, se fija en dólares.

torno al poder personas ávidas de meter la mano en las arcas públicas.

Por otra parte, la reconstrucción del país va a exigir desembolsos significativos en infraestructura: mantenimiento, ampliación y mejora de los servicios públicos de salud, educación, agua, luz, teléfono, velocidad de Internet; recuperación de instalaciones petrolíferas, refinerías y sector petroquímico; vías de comunicación, unidades de transporte y una larga lista de instalaciones que se han ido deteriorando en los últimos años, y otras que nunca se han tenido pero que son necesarias para crecer y progresar.

Habrán también que mantener, y hasta expandir, con mejores controles de su focalización y eficiencia, un gasto social que mejore los niveles de vida de los sectores más necesitados, sin perder de vista una política de largo plazo en el que cada vez más personas puedan valer por sí mismas, a través de su inserción en un proceso productivo justo y eficiente.

La expansión del dinero inorgánico se puede controlar si se racionaliza el gasto y se incrementan las reservas monetarias del Banco Central, consistentes básicamente en oro y en divisas, es decir, en monedas reconocidas internacionalmente.

Por otra parte, el gasto y la circulación monetaria pueden crecer sin incrementar el nivel de precios, cuando ese crecimiento se debe a la expansión de la actividad económica y a mejoras en la productividad.

La devaluación no se ha podido detener desde aquel aciago 18 de febrero de 1983, cuando Venezuela sepultó al dólar a Bs. 4,30 que nos había acompañado durante tantas décadas. Pero se podría mitigar su caída vertiginosa.

Hablo del dólar porque por muchos años va a ser nuestra moneda internacional de referencia. Podemos convertirlos a rublos o yuanes en los libros de contabilidad interna, pero el precio de nuestro principal producto de exportación, que sigue siendo el petróleo, se fija en dólares.

La tasa de cambio es uno de los pocos mercados donde todavía reina sin muchas trabas el mecanismo de la oferta y la demanda. Por tanto

la devaluación se reduciría si se incrementara la oferta de dólares o disminuyera su demanda.

La oferta de dólares se incrementará si crecen nuestros ingresos por exportaciones, por el momento casi exclusivamente petroleras. Pero también la demanda de dólares aumentará si se incrementan nuestras importaciones para complementar la producción interna.

Además, en un país donde la capacidad adquisitiva de la moneda nacional cada mes se reduce casi a la mitad, las personas con capacidad de ahorro se apresuran a comprar dólares para proteger su patrimonio. Por eso no se podrá frenar la devaluación mientras no se controle la inflación.

Queda también por resolver un conjunto de asuntos espinosos relativos a los préstamos solicitados sin autorización de la Asamblea —pues aunque sean ilegales el Gobierno actual ha recibido el dinero y lo ha gastado—, y a las concesiones otorgadas a varias empresas extranjeras en el arco minero.

Cualquier solución deberá tener en cuenta las condiciones en las que se han firmado esos contratos de financiamiento e inversión, y habrá que avanzar con cautela para no complicar aún más la situación de Venezuela en los tribunales extranjeros, y para no cerrar los canales de acceso al financiamiento externo.

En las familias se dan casos en los que un particular renuncia a una herencia para no cargar con las deudas de quien la otorgó, pero los gobiernos no pueden hacer eso.

HACIA EL FIN DE LA ECONOMÍA RENTISTA

Antes de que Arturo Uslar Pietri escribiera en 1936 su editorial sobre la siembra del petróleo, diversos comentaristas de la actividad económica nacional habían insistido en la necesidad de no basar la riqueza del país en la extracción y exportación de un solo producto.

Por casi un siglo no se prestó atención a esas advertencias, pero en un futuro no muy lejano la necesidad nos va a obligar a diversificarnos.



Mientras las grandes compañías petroleras internacionales hace tiempo que están invirtiendo parte de sus ingresos en fuentes alternativas de energía, nosotros seguimos atados a nuestros pozos de oro negro.

Nos envanecemos por nuestra condición de país con mayores reservas de petróleo, pero pasamos por debajo de la mesa el hecho de que día a día necesitamos importar más petróleos ligeros para mezclarlos con los nuestros, cada vez más densos, y pasamos por alto que de nada servirá dentro de unas décadas atesorar un producto que cada vez menos personas comprarán.

El cambio no va a ser inmediato, y por eso nuestra falta de lo que los especialistas llaman altruismo intergeneracional, es decir, preocupación por el bienestar de nuestros descendientes, nos hace cerrar los ojos a un proceso lento pero irreversible, fortalecido por la atención creciente a la calidad del medio ambiente, y por el paulatino descenso de los costos de las energías alternativas.

La Agencia Internacional de Energía indica que en 2016 todavía las dos principales fuentes de energía fueron el petróleo (31,7 %) y el gas natural (21,6 %), pero aunque no se arriesga a apuntar proyecciones para el futuro, deja en claro la tendencia dominante al indicar que la proporción asignada al petróleo en 1973 era de un 46,2 %, es decir, que en 43 años la importancia del petróleo se ha reducido un 32 %. Todo parece indicar que esta caída se acelerará en el futuro.

Según el mismo organismo, en el 2015 las energías renovables proveyeron aproximadamente un 19,3 % del consumo total de energía, y en 2016 continuó el crecimiento de su capacidad productiva.

Como una muestra significativa podemos fijarnos en la evolución reciente del parque automotor. Los vehículos eléctricos ofrecen cada vez mejores perspectivas. Hasta ahora enfrentaban dos grandes problemas: la escasa capacidad de las baterías y su elevado costo. Pero los avances de los últimos años –casi podríamos decir, de los últimos meses– han ido superando esas di-

ficultades. En los países desarrollados se van haciendo además más accesibles los cargadores de baterías, y estas han mejorado aceleradamente su rendimiento. El Modelo 3 de Tesla ya permite recorrer sin recarga 500 km a una velocidad media de 220 km/h.

Los vehículos eléctricos han mejorado también su eficiencia. Los últimos diseños convierten en energía mecánica el 98 % de la electricidad que consumen, mientras que en los motores de combustión interna esta proporción apenas alcanza el 45 %. Tanto que la revista *The Economist*, en la portada y artículo central de su edición del 12 de agosto de 2017, augura la muerte no muy lejana de ese motor hasta ahora convencional.

La OPEP espera que para 2040 estén rodando 266 millones de carros eléctricos. La polifacética compañía Bloomberg en su *Electric Vehicle Outlook 2017* eleva esta cifra a 550 millones, y señala que el desplome del precio de las baterías implicará que los vehículos eléctricos tendrán menores costos a lo largo de su vida útil, y entre 2025 y 2029 serán más baratos que los de motor de combustión interna; para 2040 el 54 % de los nuevos vehículos vendidos serán eléctricos.

Ya el año pasado en Noruega, un país donde la producción de petróleo supone el 40 % del PIB, uno de cada tres carros es eléctrico. Alemania insiste en que en la Unión Europea deberían desaparecer los vehículos de gasolina y diésel para 2030.

Los trenes eléctricos llevan varias décadas rodando, y tanto Boeing como Airbus, los dos productores de aviones más importantes del mundo, están ensayando motores eléctricos, aunque todavía en pequeña escala.

Estos avances tecnológicos nos permiten afirmar que si Venezuela no diversifica aceleradamente su economía, y no logra en las próximas décadas la reestructuración que perezosamente se ha resistido a emprender durante tanto tiempo, nuestros descendientes tendrán que vivir en un país que ocupará los últimos puestos de desarrollo en el continente.

No basta entonces con cambiar de gobierno y enderezar la política antieconómica que hemos sufrido estos últimos años. Necesitamos también crear en el país ventajas comparativas diferentes al petróleo, es decir, debemos producir bienes y servicios de una calidad suficiente como para poder competir ventajosamente en los mercados internacionales con otros países que generen productos semejantes.

La recuperación económica es posible y necesaria, pero se necesitan unos dirigentes políticos, y un equipo económico, capaces de vencer a la mayoría de la población de sus ventajas, y de su competencia para encaminar ese difícil proceso con pericia y acierto.